

Niebla del riachuelo O Honecker en la campiña

Atilio Caballero

Luz tenue sobre el espacio escénico, donde puede verse la típica decoración de una oficina: archivos, estantes, una máquina de escribir, algún cuadro, un calendario colgado en una pared, un afiche (tal vez del Benny); una mesa, dos sillas, una lámpara, la puerta: entra **TRUJAMÁN**.

Puede tener entre 45 y 50 años. Viste con colores neutros y trae una carpeta debajo del brazo. Sus movimientos son precisos, resueltos, como si conociera de memoria el lugar a pesar de la semioscuridad.

Coloca la mesa en el centro del espacio y dos sillas a los lados. Luego pone la lámpara sobre la mesa, haciendo que la luz cubra sólo el área de ésta.

Se sienta en una de las sillas y deja reposar las manos encima de la madera; luego se levanta, va hasta la otra silla y repite la misma operación.

Cambia la primera silla por otra más alta, se sienta y toma una carpeta que previamente había dejado sobre la mesa. La hojea, compara algo con su agenda, subraya con uno de los tres bolígrafos que ha alineado delante de él.

Cada tanto mira la hora y dirige la vista hacia la puerta.

Tocan. **TRUJAMÁN** cierra la carpeta y la agenda. Ensayo una sonrisa.

La puerta se abre y entra **TRIS**. Joven, alrededor de 25 años. Tropicieza en la penumbra.

TRIS: Yo soy...

TRUJA: Sí, pasa.

(Se levanta, va hasta la puerta y la cierra detrás del joven, conminándolo a entrar con un movimiento del brazo. TRIS da unos pasos, mira alrededor).

Siéntate aquí. *Aquí.*

(Señala la silla más baja).

¿Hace calor, eh?

TRIS: Sí.

TRUJA: Ponte cómodo. ¿Café...?

TRIS: Sí, gracias.

(TRUJAMÁN va hasta un extremo y regresa con un termo y dos vasos. Le sirve).

TRUJA: ¿Y la familia?

TRIS: ¿La familia...?

TRUJA: Sí.

TRIS: Bien... gracias.

TRUJA: El trabajo, ¿prospera?

TRIS: Perdone... pero esto parece una escena de Ibsen.

TRUJA: *El enemigo del pueblo.*

TRIS: Mejor *Peer Gynt*.

TRUJA: (*Pensando*). Tal vez. Pero es sólo una cuestión de principios... estéticos, digamos.

TRIS: Bueno...

TRUJA: Así nos sentimos más cómodos. Y... ¿la familia?

(TRIS no contesta)

Veamos, ni para ti ni para mí: *Casa de muñecas.*

TRIS: ¿Le interesa el teatro? (*Mira alrededor*).

TRUJA: ¿Por qué lo dice?

TRIS: El diseño de luces es bueno, la escenografía, funcional... sobria; los decorados... Ibsen.

TRUJA: (*Abre la carpeta*). Algunas veces tengo que ir.

(*Pausa. Levanta la vista y mira al joven. Se observan durante un instante.*

TRUJAMÁN hace como si suspirara y se hunde en la silla).

Bien, háblame de ti.

TRIS: Pero, ¿usted me ha hecho venir aquí a las once y media de la noche... para que le hable de mí?

TRUJA: Entre otras cosas. La hora la acordaste tú...

TRIS: Estaba trabajando.

TRUJA: ... y pongamos de antemano las reglas de juego, que son sólo una y muy simple: yo pregunto y usted responde. ¿Bien?

TRIS: Qué quiere que le diga. No me queda más remedio, ¿no?

TRUJA: ¿Ve? Tres segundos después de acordada la única regla, ya la ha violado. Por eso le he hecho venir... entre otras cosas.

TRIS: No ha habido acuerdo alguno salvo el de este encuentro...

TRUJA: Pero tú aceptaste.

TRIS: ¿Y qué iba a hacer?... Por fin, ¿me tutea o me trata de usted?

TRUJA: Cinco segundos: segunda vez.

TRIS: A la tercera cantará el Benny.

TRUJA: ¿Qué quiere decir?

TRIS: No sé... miraba ese afiche.

TRUJA: Vamos, comience.

TRIS: Disculpe, pero, ¿para qué quiere oír mi historia? Contada por mí, quiero decir. Usted lo debe saber todo. Es su trabajo. Apuesto a que atesora datos sobre mi persona que a mí mismo me sorprendería recordar. La memoria de este país duerme en sus archivos...

TRUJA: No tengo por qué responderle...

TRIS: No le estoy haciendo ninguna pregunta.

TRUJA: ... pero suponiendo que así sea —y le advierto que hay mucho de mitología en eso que dicen sobre memoria y archivos—, hágase la idea de que lo hago, las preguntas, digo, sólo para confirmar mis suposiciones, e incluso como una muestra de confianza que me permite comprobar la honestidad del sujeto. Usted, en este caso.

TRIS: «Suposiciones» es un eufemismo.

(Pausa. Silencio).

TRUJA: Vamos, comience.

TRIS: ¿Comienzo?

TRUJA: A hablarme de usted.

TRIS: Ah.... Sí. Bueno... Umm... Bien, soy Leo. Signo patriótico, usted sabe. Nací un día a mediados de agosto, en un pueblecito de provincias y en el seno de una familia humiiiiiiiilde. Tuve una infancia veloz, pues desde muy temprana edad me vi forzado a abandonar los estudios para contribuir y hacerme cargo del sostén de mi familia, una prole de ocho vástagos huérfana de padre y madre como consecuencia de...

TRUJA: Mire, no sé si le parece obvio o no, eso no me importa, pero no obstante le aclaro que en este caso se trata de una circunstancia incómoda que ambos debemos sortear con seriedad y coraje. Por tanto usted, para su bien, debe limitarse no sólo a contestar, sino a hacerlo ajustándose a la verdad más estricta, como la confesión de un buen creyente, si quiere.

TRIS: Yo violo las reglas, y usted añade obstáculos.

TRUJA: Nuestra vista debe llegar allí donde la mirada normal se extravía. Por tanto, mientras más nítidos sean los contornos, mejor.

TRIS: Sí... El camino hacia su verdad se vuelve... aséptico en la medida en que más celosa sea la vigilancia y la frugalidad.

TRUJA: No, se trata más bien de saber elegir el punto ideal para otear en derredor y lograr una panorámica perfecta. ¿Ha oído hablar del panóptico?

TRIS: Me sorprende su retórica.

TRUJA: Continúe.

TRIS: ...huérfanos de madre y padre a consecuencia de un accidente provocado por la explosión de una caldera a vapor en la fábrica donde, como obreros abnegados, trabajaban largas y fatigosas jornadas, imbuidos en el fervor...

TRUJA: ¡Basta, carajo!!

(Se escucha un golpe y la puerta se abre. Entra una MUJER. Viste una sencilla blusa blanca y una saya oscura, como una simple oficinista o una camarera. A pasos largos se dirige hacia donde está sentado TRUJAMÁN. Con una carpeta semejante a la que éste tiene sobre la mesa, la MUJER le hace notar algo que confrontan en los respectivos textos. Intercambian algunas frases ininteligibles. La MUJER observa a TRIS por un instante, y sale.

TRUJAMÁN hace un gesto de inquietud, casi imperceptible. Se levanta, camina hasta uno de los extremos en penumbras y regresa lentamente, colocándose detrás de TRIS sin que éste lo note. Hace un gesto brusco).

TRUJA: ¡Las cenizas, aquí!

(De un golpe pone un cenicero sobre la mesa. Tris da un salto).

TRIS: No tengo cigarros.

(Pausa breve. TRUJAMÁN mira en dirección a la puerta, y sale a grandes pasos, para regresar enseguida dando un portazo. Deja una caja de cigarros junto al cenicero).

TRUJA: Van por la casa.

TRIS: Gracias.

TRUJA: Mire, hay un suceso en su vida, no muy lejano en el tiempo, que nos interesa conocer. Es de eso que debe hablar.

TRIS: No tengo idea de a qué se refiere.

TRUJA: Haz memoria. Tiene que ver con tu juventud.

TRIS: Yo soy joven.

TRUJA: Quiero decir, cuando eras estudiante.

TRIS: Imagínese, fueron tantas cosas...

TRUJA: Pero yo me refiero a una en particular, algo que nos concierne... que es de nuestro interés.

TRIS: ¿Mío y suyo?

TRUJA: Mire...

TRIS: ¿A quién debo entender por «nosotros»?

TRUJA: No se haga el bobo.

TRIS: No me ofenda.

TRUJA: No lo ofendo. Usted sabe muy bien a qué... o a quienes me refiero cuando hablo en plural. Me identifiqué cuando hablamos por teléfono... ¿o no?

TRIS: Cierto. Pero ahora ellos son usted, no tiene por qué pluralizar. Se entiende... Además, conservar una gota de individualidad no le hace mal, al contrario: refuerza la importancia del sujeto en una colectividad.

TRUJA: Yo soy ellos, todo.

TRIS: Aun así...

TRUJA: ¿Por qué habla tanto? ¿Está nervioso?

TRIS: No. ¿Por qué tendría que estarlo? Se supone que yo hable, y en tanto usted hace sus preguntas y escucha, anota lo que le parece... ahí...

TRUJA: Usted debe responder, no *hablar*.

TRIS: ¿Y cómo respondo sin hacer uso del habla?

TRUJA: Mira, muchacho... *(Se contiene. Pausa)*. Le voy a dar una pista, para que no se me vaya por las ramas: recuerde qué pasó, y trate de contarle con

todos los detalles posibles, en una temporada... campestre, estando usted... (*Consulta la carpeta*) en una temporada de trabajo en el campo con su escuela... hace ocho o nueve años.

TRIS: Es un poco vago. Tantas cosas. (*Piensa*). Fue un año muy intenso.

TRUJA: Deje las intenciones.

TRIS: Quiero decir...

TRUJA: ¿Qué pasó? ¿Por qué lo hicieron? ¿Recuerda los nombres?

TRIS: Es decir, había otros...

TRUJA: Vamos, dígame.

TRIS: Supongo que usted se refiere..... ¡Ah! ¡Eso! Nada... Éramos russonianos.

TRUJA: ¿Cómo?

TRIS: Russonianos...

TRUJA: ... russonianos (*Anota*). Anjá.

TRIS: (*Habla sin pausas*)... aunque usted no lo crea, algo tuvo que ver en todo aquello lo que decía Platón, aquello de que el orden de las ideas corresponde al orden exacto de las cosas. ¡Y ninguno de nosotros sabía nada del griego! Suponiendo que sea así, ¿quiere decir que cuando en mi casa no hay comida, desaparece en mí la sensación de hambre? Por supuesto que no, y no sé si me entiende, pero ahora que usted me lo recuerda, pienso que tal vez por eso fue que decidimos hacer lo que en un primer momento nos pareció una locura, pero que después, con el tiempo, ha venido a formar parte, al menos para mí, de ese compendio selecto de historia personal que de alguna forma admiro y...

TRUJA: ¿Se siente orgulloso de *eso*?

TRIS: ¿Qué es *eso*? ¿Lo que pasó, o la idea que usted se hace de lo que pasó? Orgulloso... no es la palabra, si se refiere a los hechos. No fue un acto heroico, no queda como una condecoración... aunque podría serlo, por qué no. Todo depende de cómo se le mire. Tal vez haya cosas en su pasado de las que usted pueda vanagloriarse, y que sin embargo, para mí, no significan nada. Y viceversa. Pero, ¿qué se le va a hacer? De otra manera seríamos idénticos, y ya ve...

TRUJA: No veo tanta diferencia entre usted y yo, salvo que usted está sentado ahí y yo estoy acá. Además de la edad, claro.

TRIS: Ahí tiene.

TRUJA: ¿Qué?

TRIS: La diferencia. De roles, por ejemplo.

TRUJA: Eso no significa nada. Podemos cambiar de puesto, si quiere.

TRIS: Y yo hago las preguntas.

(Aparece detrás la silueta iluminada de un árbol solitario, como el que se suele emplear en las representaciones de Esperando a Godot, de Beckett. Puede ser un sauce. O un guayabo. Sin hojas).

TRUJA: *No había pensado en eso.*

TRIS: *Quien puede lo más, puede lo menos.*

TRUJA: *Pero, ¿peso yo más que tú?*

TRIS: *Eres tú quien lo dice. Yo no sé nada. Hay una posibilidad entre dos. O casi.*

(Los textos han sido dichos sin modulaciones, como ráfagas. La silueta del árbol desaparece).

TRIS: ¿Vio ese árbol?

TRUJA: Creo que era un sauce. Sin hojas... *(Pausa).*

TRIS: Usted tiene buena memoria.

TRUJA: No lo sabes todavía... Fue un caso difícil.

TRIS: ¿Me tutea o me trata de usted?

TRUJA: ...y, por si le sirve de algo, se me considera un especialista en la materia. Y gané ese caso.

TRIS: ¿Logró la punición, no? Bueno, felicidades, al menos por lo de especialista. Me alegra, incluso. Pero no le diga «materia»... Es sólo teatro. Representación, vuelo efímero. *(Se entusiasma).* ¡Sigamos el juego!

TRUJA: No es ningún juego. Yo nunca juego, sólo me divierto. No lo olvide. Vamos, comience de una vez y sea lógico.

(Aparece detrás la silueta iluminada de dos bancos de parque, como los que se suelen emplear en las representaciones de El cuento del zoológico, de Albee. Detrás de los bancos: follaje, árboles, cielo).

TRIS: Lógico... ¿Qué quiere? ¿Que las cosas sean lógicas? ¿Pasaditas en limpio y ordenaditas como en un fichero? Es muy fácil, yo se las aclaro. Vivo en un cuarto alquilado en la parte más vieja de la ciudad. En un cuarto tan chiquito que da risa, con una de las paredes hecha de cartón; ese tabique separa mi cuarto de otro cuarto que también es tan chiquito que da risa. De lo que deduzco que en otra época los dos cuartos eran una sola pieza, una pieza chica, pero no tan chica como para dar risa. Del otro lado del tabique vive un negro maricón que siempre tiene la puerta abierta; bueno, no siempre, pero sí siempre que se está depilando las cejas, concentrado como un budista. El negro maricón tiene los dientes negros, ¿qué raro, eh?, y usa el kimono para ir y venir del excusado que está en el pasillo, lo que no es nada raro. Quiero decir que está siempre yendo y viniendo. Nunca me molesta y nunca...

TRUJA: ¿Y por qué... y por qué vive así? No parece un lugar muy agradable... esa casa.

TRIS: No es agradable, no. ¿Sabe lo que tengo yo? Una máquina de afeitar, un poco de ropa, un calentador —que no debería tener, pues casi no sirve—, un abridor de latas, un cuchillo, dos tenedores y dos cucharas, una chiquita y otra grande; tres platos, una taza, un vaso, dos marcos de retratos, los dos vacíos, algunos libros, un mazo de barajas pornográficas, una máquina de escribir, grande y vieja, que sólo escribe en mayúsculas, y una caja fuerte chiquita y sin cerradura, en la que guardo... ¿a que no adivina qué? ¡Piedras! Piedras... pulidas... por...

(La silueta en el fondo se desvanece).

TRUJA: *(Como saliendo de un trance)* ¡Un momento! ¿Qué tiene que ver Platón con esto?

TRIS: ¿Platón? Ah, tal vez quiere decir que no necesariamente tiene que existir una relación entre lo que uno piensa y la manera en que este pensamiento se manifiesta, y mucho menos que ambas cosas sean equivalentes. ¿Me entiende?

TRUJA: Un momento... ¿Equivalentes, dijo?
(TRIS asiente)

«...mucho menos que sean equivalentes» *(Anota)*. Anjá. Seguimos.

TRIS: ¿La representación?

TRUJA: Hable, hable.

TRIS: Primero tiene usted que hacer las preguntas. Fue usted quien citó. Si por mí fuera...

TRUJA: Mire, le diré algo que, pese a todo, creo que aún no ha comprendido, o no quiere, pero que tal vez sirva para entendernos de una vez. Lo hemos citado aquí por consideración a usted... Como podrá suponer, estos no son nuestros ambientes acostumbrados, no usamos este tipo de ornamentación, ¿ya? Pero estamos aquí, sin embargo. Eso, que no debe ver como una distinción, lo hemos tenido en cuenta para hacer más *agradable* este encuentro. Pero si se obstina podemos cambiar el decorado.

(A pesar del tono de la última frase, dicha como de pasada, aparentemente sin importancia, TRUJAMÁN no puede disimular una viva curiosidad por conocer el efecto que sus palabras pueden haber causado en el joven. Largo silencio. TRIS lo mira fijamente. Enciende otro cigarro).

TRIS: Vamos a donde usted quiera. Da igual.

(El rostro de TRUJAMÁN se transforma. Agarra con fuerza el borde de la mesa y se levanta de un salto. La puerta se abre de golpe. Entra la MUJER, vestida ahora de camarera —le ha añadido un pequeño lazo negro a su blusa—, lleva una bandeja y le dedica a TRIS una esplendorosa sonrisa. Recoge las colillas del cenicero, los vasos del café, y mira fijo a TRUJAMÁN. Este le devuelve la mirada, mientras se encoge hasta sentarse nuevamente. La MUJER sale y cierra la puerta. Otro silencio).

TRUJA: Mira, nosotros no pretendemos crear una controversia. Hace tiempo ya que te conocemos y...

TRIS: Seguro.

TRUJA: ¡Déjame hablar, carajo! ¡Déjame hablar!
(Pausa)

Te... conocemos, y sabemos que es posible establecer contigo un diálogo... normal, sincero... lograr una colaboración franca...

TRIS: ¿Colaboración?

TRUJA: ...quiero decir, tu cooperación, o mejor, para que no te sientas comprometido, tu disposición. Tenemos un interés particular en saber qué piensas sobre algunos aspectos de... la vida cotidiana, digamos.

TRIS: ¿Así de simple?

TRUJA: Sí.

TRIS: ¿Y por qué yo?

TRUJA: Hoy te tocó a ti.

TRIS: No me haga reír. Da igual lo que diga yo o cualquier otro. Al final, harán lo que mejor les parezca. Y no me adule, es un recurso viejo y gastado.

TRUJA: No, es la verdad.

TRIS: No insista, tengo veinticinco años. Casi veintiséis.

TRUJA: Usted se empeña inútilmente. *No, no, no*, siempre decir no. Otra oscura cabeza negadora. Pero bueno...

(Pausa. Consulta sus apuntes).

Sí... ¿Cuál es el problema con los chinos?

TRIS: ¿Los chinos?

TRUJA: Sí, los chinos.

TRIS: ¿La versión de Borges, o la de Confucio?

TRUJA: ¡Borges no! Confucio.

TRUJA: Una observación interesante, si usted supiera... Decía el Maestro que en la China de antaño, en la China tradicional, se creía que la caída de una dinastía era debida sobre todo a una progresiva disparidad entre los nombres y las cosas que servían para nombrar. Así, contaba que el último de los gobernantes dinásticos, confundido por las descripciones que le ofrecían sus cortesanos acerca del estado real de los asuntos en los dominios imperiales, descripciones que a él le resultaban sosegantes, se encontraba, sin embargo, cegado por los nombres. O sea, que más pronto o más tarde, y sin más contemplaciones, el abismo abierto entre lo nombrado y lo real terminaba por tragárselo. Más o menos que al producirse un divorcio entre la retórica oficial y la realidad social...

TRUJA: Bien, bien, disculpe... *(Anota)*. ¿Confucio dijo? Ajá. Bien. Sí, es una idea interesante.

(La puerta se entreabre).

TRIS: Elévela. Hágala ascender.

TRUJA: Pierda cuidado.

TRIS: Que la analicen y reflexionen sobre ella.

TRUJA: Eso no es asunto suyo... Es decir, ya no depende de mí, pero seguramente sabrán a qué atenerse *(La puerta vuelve a cerrarse. Pausa)*. Humm..., sí, es una idea interesante. Para una buena historia de ficción, ¿no te parece? Bueno, tú sabes más que yo de eso...

TRIS: No hay peor ciego que el que no quiere ver.

TRUJA: ...son ustedes quienes tienen el don de contar historias, divertidas o fantásticas, como quieras, pero sobre todo historias, riesgos, transgresiones. Violan los límites, dominan la imaginación. Eso para no hablar de la capacidad que tienen para aventurar hipótesis, adelantarse a los aconteci-

mientos, especular, ¿eh? Y provocar, por qué no. ¿Qué tú crees? Mira a Julio Verne...

TRIS: Espero que a usted no se le ocurra relacionar eso que más o menos intuye como una brujería, con la función social de esos «poderes», o el don, como usted mismo dice. No es eso precisamente lo que un artista...

TRUJA: No hace falta que me lo recuerde. No soy estúpido.

TRIS: Eso lo dijo usted.

TRUJA: Sí, pero cuídese de repetirlo.

(Pausa)

¿Y de Nostradamus, qué me dice?

TRIS: Pero... ¿a dónde vamos a llegar?

TRUJA: Adonde yo quiera.

TRIS: Esto se pone bueno. ¿Nostradamus, dijo?

TRUJA: ¿Cómo se pueden explicar sus predicciones? Nadie ha podido desentrañar tales misterios. Ni siquiera la parasicología. No existe una respuesta, salvo la aproximación mágica o metafórica que, debo reconocerlo, alguno de ustedes pueda hacer. Pero ni siquiera, pues hasta tanto no se compruebe por la ciencia, todo lo dicho seguirá en el jardín de la especulación, o en el de la poesía.

TRIS: Usted me sorprende... En la próxima cita me declamará completas las «Soledades» de Góngora.

TRUJA: ¿Qué le hace pensar que habrá una próxima cita? Quizás haya sólo una, y quién sabe cuánto durará... Además, déjeme decirle que esa actitud es un error típico de ustedes. Le advierto: no menosprecien nuestra capacidad.

TRIS: Ni jugando. Ustedes son como el narrador omnisciente, que lo sabe y lo domina todo.

TRUJA: *(Anota)*. Se trata de una cuestión práctica. Trabajamos con evidencias, con lo que se puede ver y tocar. Y comprobar.

TRIS: ¿Como Santo Tomás, no? Ese es uno de los problemas, es decir, de sus problemas. No pueden entender que entre nosotros nadie intente probar nada, sino más bien provocar, como bien dijo hace un momento, aunque intuyo que con otra intención, poner en duda, mantener en vilo, alterar lo cotidiano, lo común de todos los días. Lo que está escrito sólo debe demostrar su poder por la seducción, no por su posible capacidad de cambiar algo que vaya más allá de nosotros mismos.

TRUJA: ¿Quiénes son «nosotros»?

TRIS: Usted, yo, los seres humanos.

TRUJA: Un momento, vamos por partes.

TRIS: Como Jack el Destripador.

TRUJA: Deje la gracia. Ya le dije...

TRIS: Usted no tiene sentido del humor. ¿Cree todavía en el realismo socialista? Perdone la pregunta.

TRUJA: Creo en el arte como reflejo de la sociedad, en su evolución emancipadora, científica.

TRIS: *(Riéndose)* ¿Dónde leyó eso?

TRUJA: No le importa.

TRIS: No se ponga bravo. Se lo pregunto porque es una comparación inútil, «inútil como el semen de un ahorcado». Mire, la ciencia progresa, pero el arte no. Lo que existe en el arte es alternancia. La matemática de Einstein, por ejemplo, es superior a la de Euclides. Ha progresado. Pero nada demuestra que el *Ulises* de Joyce sea superior al de Homero, ¿entiende? La idea de progreso es renacentista, emancipadora, si así quiere llamarle, pero inaplicable al arte. Entonces nace la razón. No hay más que pensar en el Argumento Ontológico de San Anselmo, que pretendía, tan hermoso, probar racionalmente la existencia de Dios por...

TRUJA: Usted delira, sujeto. Santo Tomás... San Anselmo... Se me está poniendo religioso.

TRIS: Será por la hora. De todas formas, ahora no podrá mirarme como a un apestado por eso.

TRUJA: Se equivoca. Es un problema de coyuntura histórica. La realidad nos ha demostrado que el sentimiento religioso y el patriótico no tenían por qué ser antagonicos. Incluso, la fe acompañó siempre a muchos de nuestros luchadores más ilustres.

TRIS: Usted es un hipócrita ilustrado.

TRUJA: ¿¡Cómo?!

TRIS: ¿Tenían que esperar más de un cuarto de siglo para darse cuenta?

TRUJA: Más vale tarde que nunca.

TRIS: Sí, y mientras tanto incineraban por el camino. Luego desaparece el tabú pero nadie asume la culpa; borrar y cuenta nueva, el fin justifica los medios, como buenos jesuitas, y aquí no ha pasado nada. ¿Quién le restituye entonces a los pecadores la gracia y el trozo de siglo?

TRUJA: Mire, yo, personalmente, no tengo nada contra tales sentimientos...

TRIS: Eso dicen todos, pero en el fondo estrangulan.

TRUJA: ... es más, los admiro cuando son auténticos. Enaltecen al hombre. Lo subliman. Conozco algunos que, una vez incorporados a un núcleo partidista, han enriquecido espiritualmente a otros que antes por torpeza, por fanatismo o simples prejuicios, no conocían los valores de la fraternidad, la sencillez, la tolerancia...

TRIS: No se lo discuto, pero, de ocurrir a la inversa, quiero decir, si un militante renuncia a su ateísmo partidista y asume la fe religiosa como fundamento espiritual de su vida, ¿qué pasaría?

TRUJA: Bueno... nada. No pasaría nada.

TRIS: ¡No sea hipócrita!

TRUJA: ¿Cómo dijo?

TRIS: ¡Hipócrita! Y no lo estoy ofendiendo. ¿Puede responderme con sinceridad?

TRUJA: Pero, ¿cómo se atreve?! ¡Aquí para responder está usted!

TRIS: Entonces, ¿de qué igualdad de condiciones me hablaba hace un rato? ¿Puedo hablar o no?

TRUJA: ¿Qué sabe usted de fe o de conciencia? ¡Aquí sólo hay una fe y una conciencia!, ¿me oyó? ¡Una sola! ¡Y usted sabe cuál es! Y si no está de acuerdo...

TRIS: ¡¿Si no estoy de acuerdo qué?! ¿Qué me va a hacer? Vamos, dígalo...
¡Hipócrita! ¡Ylléveme a donde usted quiera!

(La puerta se abre de un golpe violento. Aparece el rostro duro de la MUJER, que sigue siendo la misma camarera pero sin la afectada sonrisa de antes. Entra a grandes pasos, retira de encima de la mesa el termo del café y sale. Todo a una velocidad relampagueante).

TRUJA: ¡No crea que vacilo! ¡Yo nunca vacilo! ¡Jamás, me oyó, jamás!
(Habla por encima de la cabeza de TRIS, en dirección a la puerta por la que acaba de salir la MUJER).

¡¡Jamás!! *(Se repliega extenuado en la silla).*

También para mí es una prueba... también es la primera vez. Es posible que no...

(Pausa. Lee algo en la agenda).

Tu familia, su madre, exactamente, es católica, ¿no?

TRIS: De todos los domingos.

TRUJA: ¿Y tú?

TRIS: ¿Yo qué?

TRUJA: ¿También lo eres?

TRIS: ¿No lo sabe?

TRUJA: Quiero oírsele decir a usted.

TRIS: Ya no.

TRUJA: Pero participabas en los oficios como ayudante, estabas preparado para el rito, eras monaguillo.

TRIS: Me veía como un ángel con cara de vampiro.

TRUJA: *(Hojeando la agenda).* Y aprovechaste bien el catecismo... Si hubieses tenido la misma aplicación para las matemáticas...

TRIS: Pero, ¿hasta dónde sabe usted de mí?

TRUJA: No tengo que darle ninguna explicación. Es asunto nuestro.

TRIS: Pero se trata de mí.

TRUJA: Aun así.

(Silencio. Pausa larga. TRIS enciende otro cigarro, y lo fuma lentamente. Le tiemblan las manos, y trata de ocultarlas bajo la mesa).

TRUJA: ¿Está nervioso?

TRIS: ¿Quiere que le diga que sí? Pues no. No estoy nervioso. ¿Por qué tendría que estarlo? Ya le dije: si usted se cree un confesor, yo no tengo nada de qué arrepentirme. No le insinúo que pierde su tiempo, pero por ese camino...

(Pausa).

TRUJA: ¿Y por qué esconde las manos? ¿Por qué se queda callado?

TRIS: En silencio... Escucho el silencio.

TRUJA: ¿Y qué le dice?

TRIS: Que es tenebroso porque hace pensar demasiado rápido.

TRUJA: A mí me sucede todo lo contrario: el silencio no me deja pensar. Y ahora ni siquiera puedo decir «pasó un ángel», pues aunque sea un lugar común, volverá usted con lo del catecismo... *(Pausa)*.

«Una buena palabra es plata, pero el silencio es oro puro». ¿No lo ha oído decir? Qué tontería. En realidad, lo único que esta pausa me demuestra es el precio que debemos pagar por la invención de las palabras...

Te voy a confesar algo... Aunque tú no lo creas, yo estoy más cerca de tí de lo que tú imaginas.

TRIS: *(Lo mira con atención)*. Y eso... ¿cómo debo interpretarlo?

TRUJA: De la mejor manera posible.

TRIS: ¿Por dónde viene ahora?

TRUJA: Estoy tratando de ser lo más sincero posible.

TRIS: «Estoy tratando...»

TRUJA: ¿Y qué tú quieres, eh? ¡¿Qué quieres, que sea un inconsciente como tú?! Agradece que por lo menos lo esté intentando. Tienes suerte de haber sido yo quien te tocó en esta ocasión, mis principios no me permiten ser de otra manera.

TRIS: «Yo no tengo principios, sólo nervios». Y si de conciencia se trata, puedo tener más que usted, si vamos a ver.

TRUJA: Pero... ¡qué insolentes son!

TRIS: ¡Qué insolente soy! ¡Yo! ¡Hábleme a mí! A mí, sujeto individual...

TRUJA: ¡Individuo!

TRIS: ¡Muy bien! Individuo, ¡ente individual! ¡Yo! ¡Yo! Y no se asuste porque reclame lo que sólo es un derecho...

TRUJA: *(Cálmese. Pausa. Transición)*. Entiende: quiero hablar, quiero que hablemos, simplemente; hablar de lo que se nos ocurra, así, normal, suave, como venga... Me gustaría incluso que fuera en otras condiciones, hablar, no sé... normal... de lo que hablan los hombres... mujeres, pelota, qué se yo... Ésto... ésto... *(Agarra la agenda)* no es más que una formalidad.

TRIS: ¡El guión! ¡Préstemelo!

TRUJA: No me haga reír.

TRIS: ¡Sólo un segundo! Por favor... ¡Déjeme verlo!

TRUJA: ¡No! ¡Absolutamente no!

TRIS: ¿Qué más le da? Sólo son papeles...

TRUJA: ¿Un segundo dijiste? ¡Mira! *(Se lo pasa por delante a TRIS)*. ¿Viste?

TRIS: ¡No!

TRUJA: ¿No? ¿No? Pues te jodiste... *(Pausa)*. ¿Y por qué no prestártelo? No tiene nada de particular... *(Mira hacia la puerta, que se entreabre ligeramente)*. De todas maneras, es un lenguaje cifrado que no entenderás. *(La puerta vuelve a cerrarse)*. Son...son...notas; eso, notas personales.

TRIS: Es sólo curiosidad. Mire, yo también tengo uno... *(Le muestra unos papeles)*. Podríamos intercambiarlos. Es sobre un encuentro de dos tipos en un zoológico.

TRUJA: ¿Ves? Uno trata de simplificar las cosas, y ustedes, como siempre, lo joden todo con la ironía.

TRIS: Le digo la verdad. Mírelo (*Le muestra el libreto*). Además, el humorismo de un pueblo es una de las manifestaciones de su vitalidad. Humorismo, no cubano. Además, la «culpa» no es «nuestra», ya que se obstina en generalizar. Son ustedes los que ponen las condiciones y le dan vueltas al troquel; nosotros, lo querremos o no, tenemos la obligación de acudir cuando nos citan y responder... Creo que no existe una ley que lo establezca, aunque sí un estado de cosas que lo ampara hasta legitimarlo. Entonces, ¿qué otra cosa podemos hacer sino acudir y reír?

TRUJA: Dichosos, yo ni eso puedo... Y esa es sólo la parte visible de las cosas... ¿Ha visto alguna vez un zun-zun cuando liba una flor? Así trabajamos nosotros. Nuestra faz permanece impassible, mientras el cerebro se afana a un ritmo que haría lucir ridículo el aletear del pajarillo.

TRIS: Muy bien. Pero no se trata de eso. Pienso más bien en el exceso de celo, en la suspicacia que no cesa.

TRUJA: La suspicacia es recíproca.

TRIS: Desigual.

TRUJA: Las ideas son más peligrosas que cuchillos en la oscuridad. Eso lo tenemos clarísimo. Un pensamiento bien articulado puede exterminar en cinco minutos a un regimiento de húsares entrenados y protegidos por la niebla...

TRIS: Eso es como el miedo de los niños a dormir con la luz apagada. Un miedo inútil, a la larga. Las buenas ideas son incandescentes, cuerpos coherentes, resistentes al calor. Más que sospechar de ellas se deben ensalzar, airearles el ambiente, sacarlas a la luz y mucha leña para que ardan; de lo contrario solo tendrá... niños asmáticos... pálido fuego.

TRUJA: Nadie habla de sospecha. No sé por qué lo dice. Lo que hacemos es tomar nota de ellas, tenerlas en cuenta.

TRIS: No lo dudo. Lo que me preocupa es la manera de interpretarlas, el «cómo» tienen en cuenta esas ideas, y lo que después hacen con ellas. No me vuelva a decir que no sabe por qué lo digo. Si no le gusta «sospecha» pongo suspicacia, que es peor.

TRUJA: Tenemos nuestras prioridades.

TRIS: Y los demás la libertad de decirlas, y defenderlas, sin temor a que luego les pasen el bulldozer.

TRUJA: ¿Quiénes son los demás? ¿Temor a qué? Si existe temor por algo será. Tal vez sea un sentimiento extraño, de culpa. Nadie prohíbe nada.

TRIS: ¿Usted habla en serio?

TRUJA: ¿Acaso le parece que me río?

TRIS: Entonces, además de hipócrita, usted es un cínico.

TRUJA: ¡¡Hipócrita eres tú, so cabrón, tú!!

TRIS: Dígame, ¿por qué siempre plantan una oreja donde se mueven las ideas, eh? ¿Por qué? ¿Por qué los asusta tanto que cuatro personas se reúnan a discutir ideas que no son precisamente las que ustedes desean que se discutan?

TRUJA: ¡Es usted quien tiene que decir!, ¿me oyó?! ¡Usted! Está aquí para eso.
¡Ahora, hable!

TRIS: Ahí tiene.

TRUJA: ¿Qué?

TRIS: La diferencia. (*Sonríe*). El conflicto, para usar términos familiares para ambos.

TRUJA: Esos textos ya se dijeron. Y deje de reír. Nosotros ni siquiera nos atrevemos a reír. Ya le dije.

TRIS: ¿Quién se lo prohíbe?

TRUJA: Sonreír solamente. Y hablar, hablar, indagar, mientras la cara se mantiene impassible...

(Se ilumina al fondo la silueta con los dos bancos en el parque).

¿Le molesta que le haga algunas preguntas?

TRIS: (*Rápido, dándose cuenta del cambio*). No, no, no.

TRUJA: *Le voy a decir por qué hago preguntas. Hablo muy poco con la gente, salvo para decir cosas como «deme el informe», o «dónde está el baño», o «¿a qué hora comienza la otra tanda?», o «¡saque las manos de ahí, compañero!». Usted sabe, esas cosas...*

TRIS: *Para serle franco...*

TRUJA: *Pero de vez en cuando me gusta hablar con alguien, hablar de verdad. Me gusta llegar a conocer a alguien, conocerlo a fondo.*

TRIS: *Y hoy me toca a mí.*

(Desaparece la silueta al fondo. TRIS parece salir de un trance).

¿Y los bancos? De listones verdes y hierro fundido, ¿tampoco los vio?

TRUJA: ¿Qué bancos? ¿Qué-bancos...? Así no vamos a llegar a nada.

TRIS: ¿Quién le dijo que íbamos a llegar a algo?

(TRUJAMÁN se levanta. La puerta se abre a medias. TRUJAMÁN fija los ojos allí. La puerta vuelve a cerrarse. Mira a TRIS).

TRUJA: Quisiera estar dentro de esa cabeza aunque sólo fuese un minuto... No sé si para estranglarla o para saber por dónde anda. (*Pausa*). También en mi caso es «sólo curiosidad»... Dígame, ¿en qué piensa?

TRIS: ¿De verdad quiere saberlo?

TRUJA: Sí. Venga.

TRIS: Pienso que usted no puede reírse porque nunca, ni por un instante, puede dejar de ser quien es, o mejor, lo que representa. Es como un deber que se convierte en un estigma. Y no me da lástima, más bien un poco de pena... y ni siquiera. Y me preguntaba si, en su caso particular, se le exige para estos menesteres cierta... sensibilidad, por así decir, alguna simpatía sensitiva no profesional que les facilite el camino para llegar a donde quieren.

TRUJA: Puede ser. Pero imagínese lo que significaría educar una sensibilidad particular para cada sector: la sensibilidad constructiva, por ejemplo, o la sensibilidad pesquera, la educacional...

TRIS: ... la sensibilidad saludable, la sensibilidad agropecuaria...

TRUJA: (*Sonríe*). ...la sensibilidad transportista, la veterinaria, la exterior...

TRIS: *(Riendo a carcajadas).* ...la comunicativa, la turística, la deportiva...

TRUJA: *(Más fuerte aún).* ...la comunicativa, sí, o la sensibilidad ligera, la azucarada...

TRIS: ... la justa... la comercial interior y la comercial exterior...

TRUJA: ...la básica, la alimenticia...

TRIS: ¡la sensibilidad industrial-sidero-mecánica!

(La puerta se abre como si le hubieran dado una patada. Música. Entra la MUJER, que ahora viene vestida como una corista de Tropicana. Baila. Hace algunas evoluciones alrededor de TRUJAMÁN y TRIS, contoneándose, y termina el número saltando sobre la mesa. TRUJAMÁN y TRIS aplauden).

MUJER: «Nuestra sensibilidad media carece del sentido de la tercera dimensión, la dimensión de profundidad. A nada reconocemos suficiente realidad para tomarlo muy en serio». Jorge Mañach, *Indagación del choteo.* (A TRIS). ¿Usted conoce a Mañach?

(TRUJAMÁN se apresura a recoger la agenda. TRIS también, pero ella clava un tacón sobre los papeles, se los guarda en el regazo, y les ofrece sus brazos para que la ayuden a bajar. La MUJER salta, y en un giro rapidísimo engarza su cuerpo con el de TRUJAMÁN. Dan algunos pasos, como en un tango. Se miran a los ojos con firmeza. Ella echa una bocanada de humo sobre la cara de TRUJAMÁN, le devuelve los papeles y escapa. Silencio).

TRIS: *(Aplaudiendo).* Lo felicito. Muy original, dadas las circunstancias.

TRUJA: No... no-se-qué-pudo-habermepasado. Nunca me sucede... así... perder el control... porque soy frío, ¡frío!, ¡frío como la bota de un esquimal! ¿Me oíste? No te dejes llevar por las apariencias... ¡Soy frío! ¡Y duro! ¡Duro! ¡Soy un duro, chico! ¡Un duro!

TRIS: Está bien... Si usted lo dice.

TRUJA: ¿Quieres probar? ¡¿Quieres probar?! Ven, arrímate.

TRIS: ¿Vamos a bailar?

TRUJA: ¡¡Arrímate!!

(TRIS se acerca. TRUJAMÁN pone un brazo sobre la mesa en posición de pulso. Entrelazan las manos y hacen presión. Luego de unos instantes TRIS comienza a reír, momento que aprovecha TRUJAMÁN para aplastar el brazo del joven contra la mesa).

TRUJA: ¡Ahhh! ¡Así! ¿Ves?

TRIS: Sí-sí.

TRUJA: Para que se lo cuentes a tus amigos... Por cierto, ¿cuál de ellos fue el que dijo... cómo era... espérate un momento...quiero ser exacto...no me gusta... *(Busca en sus papeles).* Aquí está. Dice: «como un túnel largo, al final

- del cual se ve un resplandor rojizo. Puede ser la aurora, puede ser sangre. Silencio. Stop...» Perdón, hasta «sangre». (*Pausa. Lo mira*). ¿Quién fue?
- TRIS:** Sabrá Dios. Y después no quiere que me ría...
- TRUJA:** Eso lo dijo alguien en un lugar donde tú estabas, y no es fácil olvidar un comentario como ese.
- TRIS:** ¿Qué tiene? No le veo nada de particular... y, si se trata de un poema, es bastante malo, por cierto.
- TRUJA:** Me interesa el poeta, no la poesía. Y tú sabes lo que quieren decir estas palabras...
- TRIS:** Yo no sé qué es lo que usted quiere que yo sepa.
- TRUJA:** Vamos, dígame, no se haga el tonto.
- TRIS:** No me ofenda.
- TRUJA:** ¡Sí, te ofendo, te ofendo bien, a ver! ¡¿Y qué?! ¡Ésto no es un juego!, ¿oíste? ¡No es un juego! ¡¿Quién fue?!
- TRIS:** Ya le dije que no sé. Tengo muy mala memoria...
- TRUJA:** ¡Mentira!
- TRIS:** ...y aunque lo supiera no se lo diría. Quién sabe cómo usará después la frase.
- TRUJA:** De verdad tienes mala memoria. Alguien dijo que habías sido tú.
- TRIS:** Un viejo truco.
- TRUJA:** (*Silencio. Lo mira*). Fue un amigo tuyo.
- TRIS:** Otro truco. Todavía más viejo. Además, si lo dijo no sería mi amigo.
- TRUJA:** ¿Por qué?
- TRIS:** ¿A usted qué le parece?
- TRUJA:** Ojalá tus amigos tuvieran de ti la misma opinión que tienes tú de ellos.
- TRIS:** Eso ya no depende de mí. Pero sepa que «desde que mi querida alma supo distinguir entre los hombres, he marcado a mis amigos con el sello de la elección. Dichosos aquellos cuyo temperamento y juicio se hallan tan bien equilibrados, que no son entre los dedos de la Fortuna como un caramillo que suena por el punto que a ésta se le antoja.» Hamlet.
- TRUJA:** Basta de simulación.
- TRIS:** Es sólo teatro.
- TRUJA:** Es lo mismo.
- TRIS:** No esté tan seguro. Se sabe de verdad sólo cuando se prueba.
- TRUJA:** Primero intenté sugerirlo, pero ahora se lo digo por las claras: en la confianza está el peligro, y en la subestimación la inminencia del ridículo. (*Pausa*). Nunca se me ha ocurrido, ni en sueños, pararme en un escenario.
- TRIS:** Si lo hubiera hecho, tal vez no estaría aquí ahora.
- TRUJA:** Si le interesa saberlo... en alguna ocasión he... garabateado algo... No es nada, son como estados de ánimo, digamos, pequeños momentos de inspiración que pueden parecer poemas, pero no lo son. Y ahí quedan; son sólo míos; los amontoño en un file y de vez en cuando los releo.
- TRIS:** Ya no sé si creerle o pensar que es una nueva táctica. ¿A qué tipo de «sensibilidad» pertenece?
- TRUJA:** ¿Qué quiere decir?

TRIS: ¿Por qué los amontona?

TRUJA: ¿Por qué? No sé... (Pausa). Se los doy a leer a mi mujer.

(Se ilumina al fondo la silueta del parque y los bancos).

TRIS: ¡Es casado!

TRUJA: Naturalmente.

TRIS: No es obligatorio, qué diablos.

TRUJA: No, claro que no.

TRIS: Con una mujer.

TRUJA: Y... ¡sí!

TRIS: Y con hijos.

TRUJA: Sí, dos.

TRIS: Varones.

TRUJA: No, niñas... dos niñas.

TRIS: Pero usted quería varones.

TRUJA: Sí... natural, todo hombre quiere tener un hijo varón, pero...

TRIS: ¡Donde manda capitán no manda soldado!

TRUJA: Oficial.

TRIS: Siga la letra.

TRUJA: (Sonríe). No es lo que iba a decir.

TRIS: Y ahora no va a tener más niños, ¿verdad?

TRUJA: No, no, basta. ¿Y usted qué sabe? ¿Qué sabe si voy a tener o no?

TRIS: El modo en que cruza las piernas, a lo mejor, o algo en la voz o simplemente un presentimiento. ¿La culpa es de su mujer?

TRUJA: ¿Y a usted qué le importa? ¿Está claro? ¡No le importa! ¡No le importa! ¡No le importa! ¡¡No-le-im-por-ta-no-le-im-por-taaaaaaa!!!!

(Desaparece la silueta de los bancos y el parque, y automáticamente aparece la del árbol solitario, ahora florecido).

TRIS: Está bien, está bien, intentemos hablar sin alterarnos, ya que somos incapaces de estarnos callados.

TRUJA: Es verdad, somos incansables.

TRIS: Es para no pensar.

TRUJA: Está justificado.

TRIS: Es para no escuchar.

TRUJA: Tenemos nuestras razones.

TRIS: Todas las voces muertas.

TRUJA: Es como un ruido de alas.

TRIS: De hojas.

TRUJA: De arena.

TRIS: De hojas.

(Silencio).

TRUJA: *Hablan todas al mismo tiempo.*

TRIS: *Cada una para sí.*

(Silencio).

TRUJA: *Más bien cuchichean.*

TRIS: *Murmuran.*

TRUJA: *Susurran.*

TRIS: *Murmuran.*

(Silencio).

TRUJA: *¿Qué dicen?*

TRIS: *Hablan de su vida.*

TRUJA: *No les basta haber vivido.*

TRIS: *Es necesario que hablen.*

TRUJA: *(Titubea). No les basta con haber muerto.*

TRIS: *No es suficiente.*

(Largo silencio).

TRUJA: *¡Dí algo!*

TRIS: *Estoy pensando.*

TRUJA: *¡Dí cualquier cosa!*

TRIS: *¿A quién esperamos?*

(Desaparece la silueta del árbol).

TRUJA: No «esperamos» nada. Soy yo el que espera. Espero que acabe de contar lo que tiene que decir.

TRIS: ¿Sobre qué?

TRUJA: Sobre Platón, sobre usted, sobre cualquier cosa. Todo sirve.

TRIS: Si mal no recuerdo, usted lo anotó al principio. Platón, digo.

TRUJA: Cierto. ¿Ves? No tienes tan mala memoria como dices.

TRIS: No en algunos casos. ¿Quiere saber de Platón? Un reaccionario universal, un fascista, despreciaba a los artistas, los dejó fuera de su estructura ideal de gobierno.

TRUJA: Tal vez era un sabio. *(Pausa).* Vamos, cuente de una vez. Estoy esperando.

TRIS: Déjeme en paz por un momento. ¿No le basta? ¿No ve que estoy recordando mi dicha?

TRUJA: «*Memoria praeteritorum bonorum...*; debe ser muy triste».

TRIS: Usted se aprendió la obra de memoria. Lo felicito.

TRUJA: Casi. Fue un caso complicado. Eran tiempos de decisiones rápidas, de definiciones. No había lugar para la espera ni para latinajos. Y no me felicite... *(Pausa).* Cerraron el teatro y disolvieron el grupo.

TRIS: Y después, ¿qué sensación le quedó? ¿No se desvelaba en medio de la noche? ¿Ni siquiera una punzada en el estómago? ¿Sigue pensando igual? ¿Ya está todo definido y sepultado? ¿No pierde nunca el apetito? ¿Sueña un comisario? ¿Nada?

TRUJA: ¿Cómo? Pues... así como... yo..., si supiera... desasosiego como tal... sí... (*La puerta se entreabre*). ¡Pues no, qué le parece?! ¡Si así debe ser, siempre será no! ¡Y ahora hable, termine de una vez!

(*La puerta se cierra nuevamente*).

TRIS: ¿Realmente, es tan importante?

TRUJA: ¡Sí! Para nosotros sí.

TRIS: Pues verá, gozábamos de una de esas cuarentenas bucólicas, cuarenta y cinco días exactos, como era antes, en un lugar lo suficientemente distante de la ciudad como para tener la certeza de estar en el mismo campo, pero no tan lejos como para olvidarse de ella. Y ese fue el origen y la causa de todo. Y aunque trabajábamos como mulos, era el reino de la felicidad. Ahí se gozaba, digan lo que digan. Sin horarios rígidos ni uniformes ni formaciones en el patio y matutinos o clases aburridas. Para nosotros esta era, junto con las vacaciones de verano, la mejor temporada. Para nosotros los varones...

A ver si me entiende: era la única vez en el año que podíamos dejarnos crecer el pelo. Así de sencillo. Se esperaba todo un curso para tener esa oportunidad, reprochada y reprimida todo el tiempo por padres, profesores y resto de la sociedad mayor de veinte años. Y así andábamos, cada uno comparando su cabeza con las otras y esperando que aquellos filamentos perezosos nos taparan las orejas, saltando y divirtiéndonos entre los surcos de tomate infinito cuando llegó la noticia: el presidente de un país amigo visitaría nuestra ciudad, por lo que el día de su llegada todos debíamos trasladarnos hasta allá y formar un cordón a ambos lados de la vía principal para recibirlo. Hasta ahí estaba bien. El problema comenzó cuando nos enteramos que, para vitorear al ilustre visitante, todo lo que fuera sexo masculino debía estar «debidamente presentable». Corte a ras, gratis, cortesía de un barbero ex-levantador de pesas capaz de desmochar en serie a todo un regimiento en veinticinco minutos... y que además se ufanaba de eso. ¿Entiende? El reflujó de la marea, el fin del sueño bimensual, el coño de su madre. Como si el hombre, a su paso, se detuviera a observar si los jóvenes que lo recibían tenían el corte de pelo adecuado o no. Bien, sólo había dos caminos, y tres amigos y yo escogimos el otro...

Acopiamos todo lo que quedaba de comida en nuestras maletas, restos de la visita dominical de nuestros padres; hipotecamos en la cocina un reloj pulsera a cambio de algunas libras de pan y seis cajas de cigarros y nos escapamos al monte. Que nos fueran a buscar al monte si querían. Pero de lo otro nada.

Allí nos pasamos tres días, bañándonos en un arroyo congelado y cubierto casi siempre de neblina, haciendo cuentos sobre aparecidos por la noche, sentados románticamente alrededor de una hoguera. Por cierto, y ésto puede reservárselo como información confidencial, pero puedo jurarle que uno de esos días, al atardecer, vi pasar raudo a pocos metros de mí un hermoso ciervo color ocre claro, con una cornamenta impresionante en la que ondeaban al viento, como guirnaldas, unas banderillas de hojas de guayaba... Bueno, al tercer día, cuando se acabaron los cigarros y la comida, decidimos regresar. El recibimiento fue apoteósico, nos aclamaron como héroes, y luego nos botaron. Nos expulsaron deshonorosamente.

Abandonamos el campamento —qué coincidencia, ahora que lo pienso— entre los gritos y los saludos de los amigos que habían formado un cordón a ambos lados del camino hasta la carretera...

Lo demás se lo puede imaginar: papelones por indisciplina grave, traslado de escuela —cada uno para una diferente—, leve aumento en el grosor de nuestros expedientes, y el estigma permanente, desde entonces, de los problemas ideológicos. Pero óigame, había que ver como todos nos miraban y se morían de envidia viendo nuestras cabezas en aquellas fiestas de las cortas vacaciones antes de volver al aula: nada era más importante que eso.

TRUJA: ¿Y?

TRIS: ¿Y?

TRUJA: ¿Eso es todo?

TRIS: Fin del cuento.

TRUJA: ¿Nada más?

TRIS: Lo demás lo ponen los demás.

TRUJA: Pero... eso no es lo que yo... Esa es sólo la anécdota...

TRIS: Eso es: una anécdota.

TRUJA: No le creo. ¡No le creo! Usted oculta algo, algún dato...

TRIS: ¿Datos? ¿Datos? ¡No hay datos! Sólo eso: anécdotas, historias. A partir de ahí todo es ficción, sólo ficción, y esa parte me corresponde a mí, como usted ha dicho. Pero sólo a partir de ahí.

TRUJA: El pelo, entonces...

TRIS: Lo clásico, por la parte se juzga el todo.

TRUJA: Esto es absurdo. Confuso... Todo es absurdo.

TRIS: Desde el principio, señor.

TRUJA: Compañero.

TRIS: Señor.

TRUJA: Compañero.

TRIS: Señor.

TRUJA: Compañero instructor.

TRIS: Señor instructor.

TRUJA: Está bien. Como quiera. Es una tontería que no merece ser discutida con usted. Bien, por ahora basta. (*Anota algo en su agenda*). Como historia está bien, ¿no crees? (*Sarcástico*). Pero me parece falsa. Podrías escribirla... No sé, un cuento, una obra de teatro...

TRIS: Es decir, no me cree.

TRUJA: ¿Lo lamenta?

TRIS: Tal vez.

TRUJA: ¿Por qué?

TRIS: Ya está escrita.

TRUJA: Cállese la boca. Hemos terminado. Y tenga cuidado, es mejor que se limite y mantenga las distancias.

TRIS: Cuando le digo que ya esta historia está escrita quiero decir que la hemos estado componiendo mientras trascurría. Pero si no le parece suficiente, usted también podría... «garabatear» algo, si se lo propusiera. Anímesese, le cambiará la cara.

TRUJA: Zapatero a sus zapatos. Yo a lo mío, y usted a sus historias.

TRIS: Como de costumbre. De todas maneras, tal vez tenga que agradecerle que me lo haya hecho recordar otra vez.

(Pausa. Silencio).

TRUJA: Es tarde. Se sabe por el silencio.

TRIS: ¿Y el árbol? ¿Los bancos, el parque...?

TRUJA: Ilusiones. Un delirio suyo. De más está decirle que todo lo que hemos hablado queda entre nosotros.

TRIS: Eso es problema suyo. Yo no tengo nada que ocultar.

TRUJA: Eso está por ver.

(Se ilumina con un fuerte resplandor la imagen del árbol al fondo)

TRUJA: *Encantadora reunión.*

TRIS: *Inolvidable.*

TRUJA: *Y aún no ha terminado.*

TRIS: *Eso parece.*

TRUJA: *No ha hecho más que empezar.*

TRIS: *Es terrible.*

TRUJA: *Se diría que estamos en un espectáculo.*

TRIS: *En un circo.*

TRUJA: *En una revista.*

TRUJA: *En el circo...*

(TRUJAMÁN golpea fuertemente en el estómago a TRIS. TRIS cae).